

CONVERSACIONES EN LA U

Una tertulia amistosa entre
Alejandro Villa y Carlos Framb



CONVERSACIONES EN LA U

Una tertulia amistosa entre
Alejandro Villa y Carlos Framb



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

80
AÑOS

Conversaciones en la U / Institución Universitaria ITM. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural. (2025). – Medellín: Institución Universitaria ITM, 2025.

48 p. : il.

ISSN p: 0123-8094

ISSN-e: 2346-3104

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

©Institución Universitaria ITM

Rector

Alejandro Villa Gómez

Director editorial

Mauricio Vanegas Gil

Profesional universitario

Clara María Mejía Zea

Corrección de textos

Martha Cecilia Caballero Jerez

Diagramación y diseño

Manuela Escobar Ortiz

Fotografías

Sebastián Zapata

Solicitud de canje

Biblioteca ITM

Calle 75 n.º 75-101

Medellín, Colombia

<https://www.itm.edu.co/biblioteca/>

biblioteca@itm.edu.co

Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5164

©Sello Editorial ITM

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

<http://catalogo.itm.edu.co>

editorialitm@itm.edu.co

Impresión:

Divegráficas S.A.S

Carrera 50 n.º 35-62

Teléfonos: 6043225096 | 3117336021

divegraficas@gmail.com

Medellín, Colombia

Impreso en Colombia –

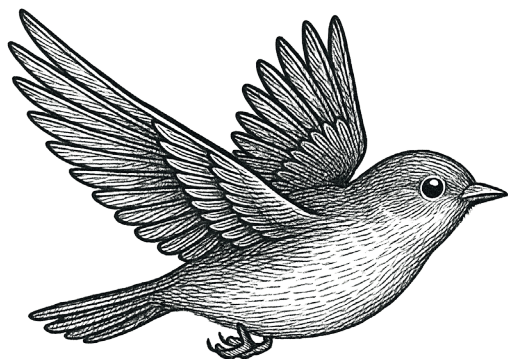
Printed in Colombia

Institución Universitaria ITM | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de carácter académico: Resolución 6190 del 21 de diciembre de 2005, Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Decreto 180 del 25 de febrero de 1992, Minjusticia. Renovación acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 013595 del 24 de julio de 2020, Mineducación.

DESDE LA BIBLIOTECA vincula la ciencia, la tecnología y el arte para promover la cultura científica, tecnológica y artística mediante la selección y divulgación de textos fundamentales.

Una tertulia amistosa entre
Alejandro Villa y Carlos Framb



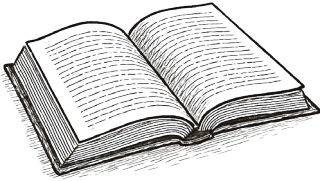


Carlos Framb ha sido librero, profesor de Literatura, poeta y ensayista; vive en Medellín. *Del otro lado de jardín* es un libro autobiográfico que ahora es una película que pueden ver en Max. Es autor de *Antínoo*, *Deslumbramiento* y *Un día en el paraíso*.





Alejandro Villa Gómez, rector de la Institución Universitaria ITM desde 2021, es abogado y magíster en Estudios Políticos. Es un amante de las letras con un profundo gusto por el trabajo de Fernando Pessoa y las traducciones de los autores nórdicos y del centro de Europa.



La Editorial ITM comparte esta interesante conversación entre dos amigos unidos por la poesía, la literatura, la ciencia, la pasión por la escritura, los viajes, y esa búsqueda permanente del sentido del ser humano, que se dio en el marco de la Feria del Libro ITM 2025.

« No sé en el último instante si alguien me va a acompañar o no, pero sí creo que habrá cerca de mí un libro, estoy seguro. »

Carlos Framb

Carlos Framb y Alejandro Villa comparten sus intereses en la 17 Feria del Libro ITM 2025.



Alejandro Villa

Un saludo a todos, y por supuesto, a mi gran amigo Carlos Framb, a quien conozco hace muchos años; no nos vayan a calcular la edad. En este conversatorio hablaremos de *Un día en el paraíso*, treinta años después de la primera publicación de esta obra y quiero darle las gracias a la editorial Grámmata, a Wilson Mendoza, que lo reeditó. Pero antes de entrar a los pormenores de este hermoso libro de poemas, quiero empezar a conversar sobre ese origen de Carlos con su poesía.

En el año 2007, me encontraba con un profesor universitario, estábamos dando clases en unas facultades de Derecho y allí estaba Santiago Sierra, compañero también de estudios en la universidad, y él me contaba la historia de un poeta que estaba por ese entonces involucrado en un asunto penal

relacionado con la muerte de su madre. Y el problema penal o el asunto jurídico, en ese momento, era el debate en torno a la existencia de un homicidio, un asesinato, el acompañamiento o la ayuda para poner fin a sus días, la ayuda o inducción al suicidio. Y Santiago Sierra me hablaba del poeta Carlos Framb; yo no había leído a Carlos en ese momento, tenía algunas referencias de él y empecé a revisar un poco su historia.

En medio de la revisión de esa historia de Carlos pasaron tal vez dos años y aparece el libro *Del otro lado del jardín*. Estaba en una librería en Sabaneta en ese momento, donde iba yo a dejar empeñado el salario comprando libros y, conversando con María Eugenia (librera) y con Jesús –otro amigo y librero en ese momento–, y ellos me recomendaron la obra del poeta Carlos Framb. Inmediatamente me trasladé a esos dos años atrás. ¿Cómo así? Esta es la historia de Carlos.

Leí ese libro, sin mentirles, en una noche, y al día siguiente regresé a la librería. Le dije a María Eugenia que quería conocer al poeta



«Leí el libro de Carlos Framb en una noche, sin exagerar, y al día siguiente me desperté con ganas de conocerlo».
Alejandro Villa.

Carlos Framb a propósito de unos cursos que venía asumiendo en las universidades sobre los alcances de los derechos fundamentales, la dignidad humana, la muerte digna. Y decía: «Es una muy bonita oportunidad para que los estudiantes de esos cursos puedan revisar una óptica del derecho y de la justicia desde la literatura». Encontrarme esa obra me pareció ejemplar. Llamé a Carlos; no sé si Carlos se acuerda, estamos haciendo historia.

Carlos Framb

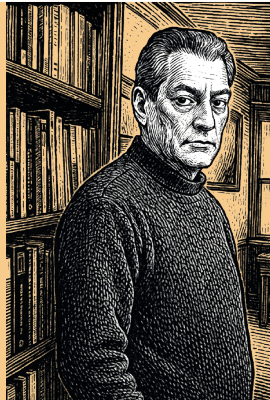
Sí, claro

A.V.: Llamé a Carlos; Carlos muy deferente. A los días pudimos empezar una conversación que no ha terminado desde entonces y que espero no termine. Con Carlos hemos tenido diferentes encuentros académicos, tertulias, desde la bohemia, desde otros espacios en el centro de Medellín, en salas de diferentes casas, en parques, en universidades, siempre hablando de lo mismo pero sin tedio. **Hablando de la vida, hablando de la muerte, hablando del suicidio, hablando de la poesía,** hablando de autores que nos llamaban la atención; no solamente poetas, también escritores, divulgadores científicos.

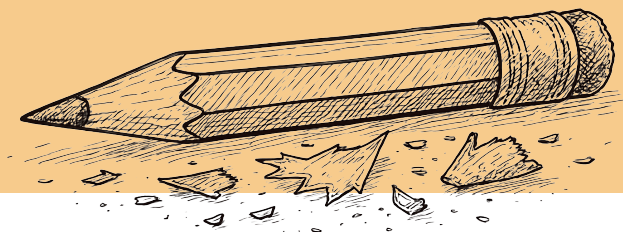
Carlos; de esta manera, agradecerte, darte la bienvenida y decirte que es un privilegio que estés aquí en el ITM.

C. F.: Muchas gracias, querido amigo. Quiero agradecer a Wilson (Mendoza) por la publicación o la reedición del libro *Un día en el paraíso*, que es un poco el pretexto para el encuentro. También, agradecerle a Alejandro por los años de amistad, por la comprensión que ha tenido con un poeta; él sabe muy bien que la vida del poeta es compleja.

Sí, desde que nos conocimos, empezó una larga conversación que probablemente no va a terminar mientras vivamos, porque el aglutinante del tema es **el amor por los libros**, por la palabra. Estaba escuchando en estos días lo que respondía Paul Auster: que los tres temas sobre los que a él le gusta conversar son los libros, la música y el béisbol. Y he pensado que lo que determina en la vida las relaciones amistosas y hasta amorosas es, básicamente, el tema de conversación que une a las personas. Tenemos, pues, en los libros un tema inagotable, compartimos el amor por muchos escritores. Admiro muchísimo el gusto tan refinado y tan selecto que tiene Alejandro por los libros, y su maravillosa biblioteca.



Retrato de Paul Auster (1947 - 2024)



De verdad me siento muy honrado de que alguien que tiene un gusto tan refinado y que es un lector apasionado, de alguna manera aprecie mis escritos, porque es ponerme al lado de tantos grandes maestros que son los que suele leer. Pues muchas gracias a todos por la compañía, por animarse a acompañarnos en una conversación que se plantea desde la publicación de mi segundo libro. **Lo publiqué en 1994**; a principios de 1995, lo publicaron la Biblioteca Piloto y Colcultura, una edicioncita que ya es muy difícil que se vea por ahí y que son simplemente **veintiocho textos que me tomaron realmente siete años de lecturas, de investigación, de reescritura**. Ya hablaremos un poco de qué trata el libro.

Lo cierto es que los seres humanos somos muy dados a sobreestimar los encantos del sistema decimal. Entonces, esas fechas redondas, los cinco años, los diez años, los cien años. Bueno, dio la casualidad de que, pensé, van treinta años, ¿no?

O sea, tenía 28 o 29 años cuando publiqué el libro y se me ocurrió que, como el libro ha hecho su camino, es decir, que de alguna manera no pasa un mes sin que por ahí alguien me diga, «Ay, ese poema tuyo», hice pues una lectura en el Planetario, el año pasado, de algunos poemas y a la salida se me acercaron algunas personas a decirme dónde se conseguía el libro. Y como sabemos que las grandes editoriales no publican poesía, entonces quedé con la idea: qué rico publicar una reedición y bueno, aprovechando los treinta años; y casualmente por esos días vino la propuesta de Wilson y la edición quedó preciosa. Es una edición *slim*; ahora que está de moda todo lo ultraliviano queda muy bien como para llevar en la mochila. Tengo que reconocer que **es muy especial y muy halagador que un libro escrito hace treinta años todavía tenga algo para decir, porque todo finalmente envejece, incluso la literatura, los libros.**

A. V.: Carlos, muy bien. Hay un profundo interés en tu obra; me refiero a *Un día en el paraíso*, *Antínoo*, *Del otro lado del jardín*, *Deslumbramiento* también, que es una primera parte de tu vida, de tu historia, desde el momento muy poético que describes, el nacimiento, hasta los días previos o los momentos anteriores al suceso de la muerte de tu madre y el acompañamiento en esa muerte asistida que da origen a *Al otro lado del jardín*, pero lo que yo observo en tus libros es un gusto también por fenómenos de la naturaleza, el cosmos, todo esto también que describes en *Deslumbramiento*, en torno al alunizaje y demás fenómenos que te han llamado la atención, a partir de autores que has leído: Carl Sagan y textos de divulgación científica. Hablemos de ese deslumbramiento por estos temas, cómo surge, cuándo nace, qué despierta ese profundo interés.

G. F.: Bueno, creo que, como le ocurre a todo niño, yo siempre estuve deslumbrado; nací en Sonsón y tenía un contacto cercano con el campo; para un niño el mundo es un acontecimiento deslumbrante y asombroso.

Entonces, ese estado como epifanal del niño, que incluso ya derivaba sensaciones gozosas del rito religioso. Vivía al frente de una iglesia y de niño disfrutaba mucho de las ceremonias, de las fiestas de Navidad, de la Virgen del Carmen, de la Semana Santa.

Era un niño que estaba deslumbrado por todo eso: la iglesia con el incienso y los trajes de los sacerdotes. Pero todo se agota de alguna manera y uno necesita nuevas fuentes de emoción.

«A los 15 años encontré el amor a los libros en la Biblioteca Municipal de Sonsón».

Carlos Framb



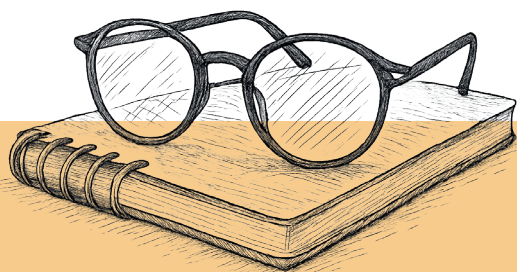
Tampoco las encontré en el colegio, no tuve profesores como inspiradores con eso, pero a los 15 años encontré la Biblioteca Municipal de Sonsón y ahí empecé a enamorarme de los libros, justo cuando ya me retiraba de la religión, que ya había agotado; ya la misa me parecía muy cansona y empecé a dudar de muchas cosas, del dogma. Entonces vinieron al rescate de ese niño que hay en mí –deseoso de deslumbrarse– los libros y me maravillé y encontré ahí una fuente de emoción, de conocimiento que es inagotable. Yo lo decía en estos días que hay algo de lo que estoy seguro; no sé en el último instante si alguien me va a acompañar o no, pero sí creo que habrá cerca de mí un libro, estoy seguro. Dice por ahí, creo que Hermann Hesse en algún libro, que normalmente al caer de la tarde, las personas se dirigen a su casa donde las están esperando la esposa, el esposo, los hijos, la mamá, el perro, el gato. Pero que a él lo estaban esperando Chejov, Dostoyevski, Flaubert, ¿no?

Yo soy ese, a mí nadie me espera en la casa, pero tengo ahí mis libros que son mi compañía. Y los libros publicados son hijos, esos son los hijos de un escritor. Ahora, resulta que yo

empecé leyendo literatura, novela, cuento y poesía, y en esa búsqueda de deslumbramiento, de asombro, porque la vida a mí nunca ha dejado de producirme un cierto estupor, digamos, una perplejidad: ¿por qué existimos? ¿Por qué estamos acá? Resulta que hacia los 22 años, después de publicar mi primer libro, *Antínoo*, que se nutrió en buena medida de lecturas de los griegos, o sea, yo en las exploraciones literarias que hice y asesorado por la cercanía de Ebel Botero, un escritor, entré en contacto con la antigua Grecia y me produjo un gran deslumbramiento el siglo v antes de Cristo y todo eso tan bello de la época heroica. Yo decía: «¿Cómo es posible que esto haya pasado hace tantos siglos y ahora estemos en Medellín –era la Medellín de los ochenta– dando bala?» Entonces, recordaba en estos días ese libro; o sea, llegué a Medellín después de terminar bachillerato, en 1981, de un pueblo donde no pasaba mucho, un pueblo muy tranquilo, muy conservador, en fin, muy frío, tanto que el solo frío hacía que uno a las seis de la tarde ya estuviera buscando la casa. Y llegué a Medellín justo cuando arrancaba la época más violenta de la ciudad.

Era muy frecuente –yo que andaba tanto por las calles– encontrar escenas de la violencia. Y en los noticieros siempre salía la bomba, el magnicidio, en fin. En este punto, recuerdo ese libro de Primo Levi que se titula *Si esto es un hombre*, que es producto de su estadía en el campo de concentración de Auschwitz. Y un poco esas preguntas: ¿es esto un hombre? ¿Somos esto?

Entonces, había dos realidades. Una, la de la ciudad, la del día a día. Y estaba esa vida que planteaban esos personajes literarios. Mi primer amor literario fue Hermann Hesse, muy apropiado para finales de la adolescencia; encontré a los griegos y en los libros una especie de ventana o de puerta a otro mundo donde los seres humanos mostrábamos otra faz.



Tengo que confesar que he sido un lector y un escritor un poco por evasión, por evadirme de la realidad inmediata; estamos en un mundo donde pasan cosas terribles ahora mismo.

Resulta que cuando terminé *Antínoo* y lo publiqué, siempre pasa cuando uno termina un libro, me quedé como en el aire, como que hubiera agotado el lenguaje. ¿Y entonces?, ¿y ahora qué? Pues resulta que ese año de 1987 descubrí la serie de televisión *Cosmos* de Carl Sagan. Vi el primer capítulo por casualidad, vi a ese señor caminando en una reproducción de la antigua biblioteca de Alejandría y dije: «¿Qué es esto tan hermoso?».

Y vi los trece capítulos, luego apareció el libro *Cosmos*, lo conseguí, me enamoré de Sagan perdidamente. Ese año hice amistad con Alonso Sepúlveda, físico de la Universidad de Antioquia; y con Antonio Vélez, matemático, ambos escritores de temas de ciencia, seres geniales, grandes conversadores; entonces, se juntaron unas cosas y, además, apareció la *Biblioteca Científica Salvat*, que eran unos tomitos de colores, eran cien ejemplares. Me decía Antonio Vélez que eso era un acontecimiento literario,

porque hasta ese momento toda la divulgación científica se hacía en inglés y probablemente se siga haciendo, pero las traducciones eran muy poquitas; de pronto un libro acá en debate, otro por aquí, pero un gran listado de grandes divulgadores y creo que leí de esos cien libros más de la mitad, tal vez ochenta. Entonces me metí como en una burbuja de la ciencia, sin tener formación matemática. Soy totalmente inepto para las matemáticas, pero un gran divulgador puede comunicarte y emocionarte a partir de los descubrimientos de la ciencia.

Así como para Paul Auster elimina sus temas son los libros, la música y el béisbol, para mí, además de los libros, son la ciencia, los adelantos tecnológicos, toda esta cosa increíble, porque muestra lo mejor del ser humano; es la inteligencia puesta al servicio de la creación, del descubrimiento, de quiénes somos y de qué universo habitamos. Simultáneamente, con ese deslumbramiento de la ciencia leí a Darwin y temas de entomología, de etología; entonces se fue dando la escritura.

ión
aria
Calidad



«Después de la publicación de Un día en el paraíso se confirma el interés por los primeros deslumbramientos, el asombro y la invención».

Alejandro Villa.

Cuando a uno le preguntan ¿cómo hiciste para escribir eso? uno no sabe. Hay un elemento que uno no puede explicar. ¿Cómo escribí eso? No tengo idea. Lo que me da a entender a mí que **un libro es un ser que se va gestando**, uno lo va alimentando con lecturas, con reflexiones, con conversaciones y el libro mismo se va haciendo como un ser y hay un parto también. Ahora, este libro duró siete años. El libro es muy breve y un amigo en estos días me dijo: «Anoche leí tu libro *Un día en el paraíso*», y le pregunté: «¿Todo?», y me contestó: «Sí»; y le agregué: «Yo me tardé siete años en escribirlo. ¿Cómo te parece?»



Bueno, fueron saliendo unas prosas poéticas de celebración del ser, de las especies. Un día que hablaba con Fernando Vallejo acerca de mi libro *Deslumbramiento*, él me decía que no compartía esa visión que yo tenía del mundo. Dijo: «La vida es una pesadilla de la materia». Yo no lo veo así. O es eso, pero es otra cosa también; o sea, la vida puede no ser una pesadilla todo el tiempo. Entonces, en el registro mío como escritor, la palabra *asombro* es muy importante. Yo escribo desde el asombro. Soy consciente de los horrores de la condición humana y de las cosas tremendas que somos capaces de hacer. Pero también trato de irme al otro lado, como a esa otra cara del ser humano, que es la compasión, la fraternidad, el conocimiento, la conciencia, la belleza, la creación de objetos hermosos, en fin, eso otro que también somos.

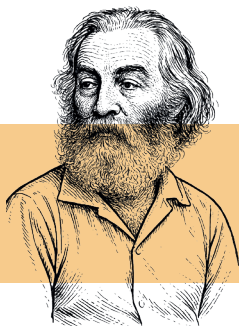
Con el tiempo el libro se fue haciendo. Ya en esa época habían llegado los primeros computadores a la ciudad y Antonio Vélez me puso a disposición su computadora. Él me imprimía una copia, en la semana yo iba rayando y el domingo iba e introducía las correcciones. Me sacaba otra copia y así hasta que ya el libro mismo te dice cuándo está. Entonces, dio la

casualidad de que en 1994 la Biblioteca Piloto, por recomendación de Jaime Jaramillo Escobar, lo publicó y fue muy bonito porque no sabía que en el auditorio iban a estar Manuel Mejía Vallejo y Aurita López. Esa fue la presentación. Fue muy especial porque fui un asistente a las tertulias de Mejía Vallejo por años, pero siempre me hacía atrás y nunca le di a leer nada mío, nada; yo lo oía. Ahora, él tenía un *fan club* de señoras que ocupaban las primeras filas. Debió sorprenderse, ver que yo era el autor de ese libro, ese muchacho que había visto por allá.

De hecho, él en la presentación dice que es muy alentador; éramos dos los que presentábamos. Ahora tengo la edad de él. Bueno, y el librito apareció y lo que puedo decir es que el libro me ha traído unos regalos como escritor muy especiales, porque en estos años ha habido reimpressiones pequeñas: Eafit publicó dos, Álvaro Lobo dos, El Cotablero una.

A. V.: Carlos, te quería preguntar eso también: después de la publicación de tu obra *Un día en el paraíso*, ¿qué ha ocurrido en treinta años con relación al libro? ¿Qué supone para un escritor treinta años después de la aparición de su libro? Nosotros lo conversábamos hace algunos años con *Deslumbramiento*; confirmaba el interés tan profundo como nos estás contando de los primeros deslumbramientos, el asombro, la sensibilidad por temas científicos, por el desarrollo de la ciencia, por la invención; treinta años después esa mirada ¿cómo se sustenta?, ¿adónde se dirige?

C. F.: Bueno, los libros, como les decía, son hijos y uno los da a luz, y ellos empiezan a hacer su camino. Y lo que uno no debe hacer como padre literario es ponerle muletas y dejarlo que haga su camino; si el libro no es bueno, pues, desaparece. Si el libro tiene algún valor y tiene algo que decirle a la generación siguiente, es inevitable, la belleza no puede ocultarse.



Retrato de Walt Whitman (1819 - 1892)

Uno ve, por ejemplo, *Hojas de hierba*, de Whitman, a pesar de llevar más de cien años, ciento cincuenta años, tal vez, y sigue en esa frescura. Yo puedo abrir un libro de Whitman en cualquier parte y esos poemas parecen escritos esta mañana.

Ahora, lo que he visto con el libro *Un día en el paraíso* es que **todavía tiene esa virtud de generar en el lector ese deslumbramiento y esa emoción que fueron la génesis del libro**, porque finalmente la escritura y la lectura son actos de traducción, o sea, el escritor traduce la realidad a emociones y esas emociones a signos, a palabras, que el lector a su vez traduce él mismo a emociones. De eso probablemente se trata, de que el lector sienta esa emoción que generó el texto, la página.

A mí me siguen maravillando, a pesar de los años, la ciencia, el conocimiento, el cosmos. Eso es inagotable. Lo que me ha producido satisfacción es ver que hay personas que se saben de memoria algunos poemas del libro. Dos veces me ha ocurrido que se me acerque un joven y me diga: «¿Usted es Carlos Framb?» Y me diga: «Yo me sé un poema suyo de memoria». Y yo le digo: «Bueno, dígamelo»; y tal cual, me lo dice sin ningún error. Y no es una poesía fácil de aprenderse de memoria porque no es rimada ni medida.

*«No pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso,
no pasa un día en que no haya un momento de poesía».*
Carlos Framb.





«Trabajé durante catorce años como profesor de colegio y, en mis charlas, casi siempre, hay un exalumno».

Carlos Framb.

Pero eso es muy especial. En El Planetario se me acercó una pareja de novios jóvenes. Y ella me dijo: «Ay, nosotros conocemos *Un día en el paraíso*, nos encanta; le dije a mi novio que cuando nos casemos me lea «Teoría de un encuentro»». También, me escribió alguien y me dijo: «Te estuvimos buscando porque me casé y te íbamos a invitar al matrimonio para que nos leyeras «Teoría de un encuentro», pero estabas en México». Le dije: «Ah, qué pesar, pero si algún día se divorcian, me invitan, yo se los leo».

En fin. El caso es que eso, que los lectores todavía sigan derivando de ahí emoción, que es básicamente lo que uno se propone, y conocimiento también. Dice Borges que no pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso. De alguna manera, no pasa un día en que no haya un momento de poesía. Y así debería ser.

Para mí, con mucha frecuencia, ese instante de poesía deriva del conocimiento científico, por ejemplo, de un pódcast donde escucho nueva información sobre la energía oscura o sobre el mundo subatómico, en fin. Ahora mismo estoy en un tema que es México, escribiendo un libro sobre México; entonces, estoy concentrado en ese tema y las lecturas, básicamente, son el combustible para el libro.

A. V.: Cuéntanos un poco la relación de la ciudad y el escritor: Sonsón, Medellín, México. ¿Cómo evoluciona esa capacidad creativa, de ingenio, de talento, de asombro, como lo has marcado también a lo largo de tu obra y en la conversación de hoy, para ese escritor? Esos años en México que eran motivados –recuerdo que lo conversamos– por buscar unas rutas, unas posibilidades en torno a la publicación y difusión de lo que habías escrito. Pero de otro lado también esa vivencia tan importante de una cultura que de tiempo atrás te llamaba la atención: la idea de la muerte, de unos fenómenos muy ligados a la tradición de México que para otros puede resultar extraño y

tú te permitiste no solo sobrevivir o vivir como vive un poeta; lo hablábamos cuando conversábamos de Walser y su relación con Kafka, incluso con Elías Canetti. Y tu vida ha sido una vida de un poeta. Yo he leído poetas, pero he conocido solo a uno que ha vivido realmente la vida de poeta y ese ha sido Carlos Framb.

De manera que México qué te dice, qué te trae, cómo lo proyectas; hemos hablado, también, de esas experiencias, de esas crónicas de personas que pasaron por México y que dejaron una huella allí o que fueron marcadas por la tradición mexicana, sus costumbres, su cultura, su política, su economía, su tradición.

C. F.: Sí, bueno, a mí me queda muy fácil echar un vistazo retrospectivo a los libros que he escrito porque son muy poquitos. Entonces, digamos que escribí un primer libro de poemas a los 22 años, que es *Antínoo*, un manojito de poemas; después este libro y lo publiqué a mis 28 o 29 años. Decía que en ese momento me ocurrió una tragedia y es que conseguí trabajo de tiempo completo. Resulta que no fue tanta tragedia porque empecé a trabajar en una librería; bueno, los poetas son unos irresponsa-



bles por definición y tienen que ganarse la vida; como hay que vender algo, el poeta no tiene nada que vender; pero para sobrevivir hay que vender algo, entonces uno vende su tiempo y trata de hacerlo en cosas que sean afines; luego trabajé en una librería, después trabajé durante catorce años de profesor de colegio y en mis charlas, casi siempre, hay un exalumno.

La semana pasada, en un conversatorio en la librería Grámmata, apareció un exalumno mío y me dijo muy emocionado que se acordaba de mí, en fin, y hoy encuentro que hay un exalumno también aquí entre el público, muy especial, y me saludó con un gran abrazo, muy cálido, porque yo tuve una experiencia muy interesante; o sea, durante esos catorce años no escribí nada, pero no estaba frustrado porque, de alguna manera, por el hecho de estar en contacto con los libros y tratar de comunicar y despertar esa pasión en esos jóvenes, canalizaba la parte creativa. Hasta que en el 2007, llevando ya ese tiempo sin escribir, ocurrió el asunto de mi madre, que ya es probablemente de conocimiento de ustedes, o por el libro o por la película o por las dos, y luego vino la cárcel, un proceso penal; después llegó la escritura de *Del otro lado del jardín*. Es muy bonito porque en ese 2007, desde que empezó el año, ya no quería más ser profesor; dije no más, y vino una especie de crisis de identidad: yo qué soy, a los 17 años quería ser un poeta maldito y resulta que a los 40 soy un profesor de Literatura que, además, odia lo que va a hacer; entonces, soñaba escribir una novela, pero no tenía de qué; pues, el tema, los

personajes. Como ustedes saben, en la novela lo importante son los caracteres, a diferencia del cuento, que es más bien la situación; no sirvo para escribir un cuento en absoluto. Renuncié al trabajo, vino lo de mi madre, y también dije: «Esto se acabó» y resulta que desperté en la clínica con un tema para una novela; o sea, ese hecho mismo, todo eso que me pasó, que visto desde afuera es como una cosa trágica (la muerte de mi madre) me dio el tema para volver a la escritura, para ser un novelista.

Entonces, escribí rápidamente ese libro testimonial y, cuando lo terminé, de una empecé con *Deslumbramiento*, que es un libro en prosa poética, autobiográfico, que va desde el nacimiento hasta mis 35 años y, cuando en 2016 lo terminé, me encontré otra vez en un callejón sin salida: ¿y ahora qué?; se hizo una edición muy linda, pequeña, o sea que el libro ya no era mío, ya lo publiqué.

Pero después me quedé en blanco, sin tema; entonces pensaba: qué opciones tengo; vivía en una finca que me prestó un amigo, pero ya estaba cansado de la vida rural; me aguanté ahí porque estaba escribiendo, no me la pasaba sembrando maticas, sino leyendo y escribiendo; pero quería volver a ser el *flâneur*, el callejero, la ciudad; soy muy urbano y, en relación con la pregunta, creo que le debería a Medellín una pequeña novela urbana porque ha sido la ciudad donde más he vivido.

«México era una veta, era un filón, era un gran tema para un libro por su historia y por tantos escritores marcados por esa ciudad: García Márquez, Vallejo, Mutis».
Carlos Framb.



Bueno, el caso es que tenía dos opciones: o el yogur o un viaje, una de dos, o esto se acabó y sobreviví para escribir dos libros y chao, o me voy de acá, que a la larga era un viaje también como una especie de salto al vacío; era me voy, pero no conozco a nadie en México, llevo 200 dólares y ya de 50 años, un mochilero, en fin, pero me lancé con la ilusión de sobrevivir, para escribir. Y, cuando llegué a México, rápidamente me di cuenta de que era una veta, era un filón, era un gran tema para un libro; su historia, tantos escritores que fueron extranjeros, que fueron marcados por esa ciudad: los colombianos García Márquez, Vallejo, Mutis, Pardo García, García Aguilar, de hecho llegué a ver ahí, en el barrio La Condesa, a Fernando Vallejo caminando con el perro, pero no me quise acercar porque me dio miedo que me mordiera Vallejo, no el perro. El caso es que, como les digo, me di cuenta de que si lograba sobrevivir en México, podría hacer un libro, un

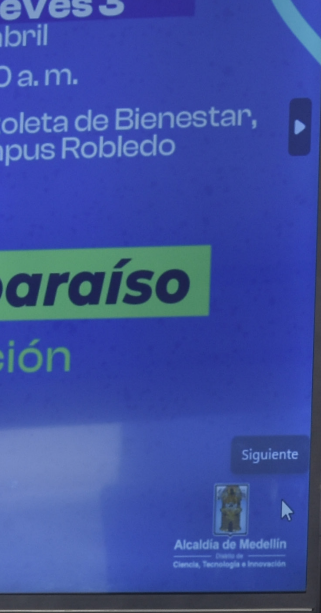
libro de crónica donde estuviera la voz mía, del poeta, y un poco mis impresiones y mi tránsito por esa gran ciudad y también hacer unos retratos de esos escritores que fueron marcados por el país o por su estadía, o que dejaron una marca allá, y la lista es larga.

Entonces, llevo años en eso, espero que para junio estaré terminando el libro; estará dedicado a Alejandro, por supuesto; muy merecido porque me ha apoyado muchísimo para poder escribirlo. Probablemente lo publiquemos con el ITM; sería un honor para mí. Y bueno, cuando termine el libro de México me quedo otra vez con la disyuntiva: el yogur ¿o qué?, u otro viaje, no sé qué va a pasar.



Eso es lo que le pasa al escritor, por lo menos a mí, que cada libro es un proyecto de años, ¿cierto? ¿Tendré el tiempo para meterme o medírmele a otro proyecto o no? He pensado en algo de la ciudad que viví, una crónica; no como lo de Gilmer (Mesa) porque él tuvo una experiencia de la ciudad muy interesante y a mí me gusta mucho lo de él, pero yo tuve otra experiencia y me parece que hay espacio ahí, de momento ese es el panorama.

A. V.: En el ITM estamos reeditando la colección Biblioteca Básica de Medellín y uno de los compromisos es actualizar en términos del desarrollo histórico de la ciudad esa importante colección. He hablado con Gilmer Mesa; ayer con Pablo Montoya y nos contaba también que tiene un trabajo sobre la descripción de Medellín en sus calles, en sus plazas, pero que llega a un momento en que se refiere a las hablas de Medellín; no al parlache, sino a las diferentes circunstancias del habla en Medellín durante varios años; y ese texto, Carlos, se le convierte a él en un asunto desbordado de un



«Muchos escritores muestran interés por pensar y escribir sobre Medellín y, al menos, por habitarla con tranquilidad».
Alejandro Villa.

número creo que superior a 40 o 50 páginas y dice: «Esto lo tengo que sacar aparte de este trabajo que estoy haciendo sobre la ciudad». Lo cuento es por eso, porque hay un interés real de muchas personas de seguir pensando en Medellín, de escribir sobre Medellín y, por lo menos, de habitar de manera tranquila la ciudad.

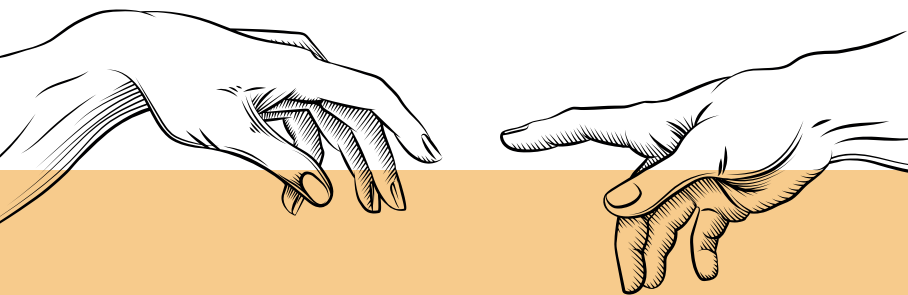
Carlos, quiero no solo agradecerte por este espacio, y pedirte un favor: que nos declames un poema en esta versión 17 de la Feria del Libro ITM.

G. F.: Sí, por supuesto; quiero compartir ese poema del que les conté que se saben de memoria un par de amigos por ahí, y que es como el poema estrella; de hecho, **un amigo mío dice que es lo único bueno que he escrito;** hace parte de una época en la que el libro estuvo alimentado por mis lecturas de ciencia; entonces me encontrarán ahí, tratando de humanizarla, de conectarla conmigo, con mi experiencia; el poema se llama «Teoría de un encuentro».

Algo nos prefiguraba en cada
primitivo duplicado de molécula,
en cada afortunada mutación de
cromosoma, en cada cópula de seres
verdiazules. En otros ojos empezábamos
a ver, en el pez pulmonado eras tú,
era yo quien respiraba y por siglos
fue guardada nuestra huella aún
anfibia en la memoria deleznable de
la arena. Fría sangre de reptil horadó
nuestras arterias y en sus ferales fauces
eran nuestra hambre y nuestra sed
las satisfechas. Asistimos a la noche
pavorosa del saurio y -aunque no con
esta piel- al sol calcinante del terciario;
en la ardua glaciación y terrible
tempestad, arborícolas primates nos
tuvo y alojó como suyo.

Cuántas edades trabajándonos un rostro, dibujando nuestros labios, tornándose en humana pubescencia las escamas; cuántas distancias esculpiéndonos los pies, inventándonos caminos, dejando a la abrasión del tiempo decantarnos un perfil; cuántas agonías sobreviviéndonos en cada decisivo alumbramiento, renaciendo siempre con la probabilidad adversa, siempre en busca de una nueva perfección, de una mayor tersura, de un cerebro superior a medida que nos erguíamos.

¿Cuánto universo para que hoy nuestras manos se encontraran?



Y quiero compartir –viene muy al caso– compartir una página del libro *Deslumbramiento*, donde rindo un pequeño homenaje a los libros a partir del recuerdo de cuando descubrí la Biblioteca Pública Piloto y esa multitud de libros, y digo:

Me enamoré de los libros, me gustaba aventurarme en los anaqueles, me gustaba ese ámbito de silencio, soledad y sabiduría. Me gustaba explorar librerías en busca de libros bellos, escudriñarlos, acariciarlos y olerlos. Cuántos libros han pasado por mis manos, cada uno con su íntima fragancia. Libros con letra sobredorada a fuego en el lomo y cantonera de tafilete, guardas de seda y frontispicio, tipo redondo, capitular y viñeta. Libros magníficamente iluminados, ediciones en rústica, de doble columna, hoja granulosa y pliegos para cortar. Tomito de poesía para llevar en el bolsillo y leer en la calle, a la sombra de un árbol. Libros abiertos entre las manos o sobre las rodillas, libros polvorientos, descabalados y

carcomidos por la humedad. Libros y más libros, y ese aroma a papel, tinta y cola de encuadernar. Rarezas literarias adquiridas en tiendas de viejo y que nos transportan a otros mundos. Obras subyugantes que no podemos dejar hasta leer la última palabra. Obras venerables que nos encumbran y esclarecen y han de acompañarnos. Libros melodiosos que acunan o filosos que dejan cicatriz; libros caudalosos donde hierven pasiones y resuenan gritos que estremecen la tierra, donde hay destellos de espadas y personajes de sangre y furia. Libro ennoblecido por los siglos y cuya página desprende al leerse un delicado perfume de inmortalidad.





Se terminó de imprimir en Divegráficas S.A.S
en XXX de 2025.

ME GUSTA HABLAR. O MEJOR: ME
GUSTA PALABREAR. LAS PALABRAS
SON PARA MÍ CUERPOS TANGIBLES,
SIRENAS VISIBLES, SENSUALIDADES
INCORPORADAS

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*.

